

DOMSCHEIT-BERG, Daniel (2011). *Dentro de Wikileaks. Mi etana en la web más*

[Metadada, citation and similar papers](#)

al de Revistas Científicas Complutenses

Julian Assange, el fundador de Wikileaks, cumple estos días (diciembre de 2011) un año en libertad condicional en Inglaterra a la espera de una decisión judicial que le podría extraditar a Suecia donde está acusado de varios delitos sexuales. El ex apóstol de la transparencia informativa se enfrenta también a una acusación quizá más grave (sobre todo teniendo en cuenta las numerosas dudas que han despertado las “víctimas” de esos delitos, consideradas por Assange, y no solo por él, como agentes enviadas por el Gobierno de EEUU). Esa acusación no es otra que la de haber revelado la identidad de cientos de informantes anónimos que suministraban información a su organización. El promotor de la que ya ha sido considerada sin ningún género de dudas como la mayor filtración en la historia del periodismo se ganó con ello la reprobación de los cinco diarios encargados de difundirla: *Spiegel*, *The Guardian*, *The New York Times*, *Le Monde* y *El País*. Su megalomanía -más propia de una estrella pop (página 11) que de un luchador altruista- le llevó a enfrentarse, además, con sus propios compañeros de trabajo entre los que se encontraba su lugarteniente Domscheit-Berg, el autor de este trabajo.

Podríamos considerar, por tanto, que el presente libro es sólo una de las dos versiones de la historia, del auge y de la caída en desgracia de Wikileaks, contada además por una de las partes. Y en cierto modo así es. Pero es que la otra nunca ha querido contar la suya. A la publicación de sus memorias “anónimas”, aparecidas en septiembre de este año en Londres (*Julian Assange: Autobiografía no autorizada*, Canongate Books), se opuso después de cobrar alegando que el texto estaba incompleto y lleno de errores. Al libro que nos ocupa, además, bien podemos considerarlo equidistante de las dos posturas y ponderado por mucho que haya sido escrito por una de las partes. Para comprobarlo no hay más que acudir a las numerosas noticias y comentarios de prensa aparecidos en publicaciones de todo signo en el último año con Assange o Wikileaks en primer plano. El contraste de fuentes sigue siendo aún hoy, en una época en que la tecnología permite filtrar de una tacada cientos de miles de documentos comprometedores, el único sistema fiable para medir la veracidad de una información.

Este precisamente, el de las fuentes, es el tema que podemos considerar central del libro, por lo menos desde nuestro punto de vista. Más allá de las implicaciones jurídicas, de las disputas internas y, por supuesto, de la vida sexual de Assange, la eterna relación entre informantes y periodistas, tan vieja como el propio periodismo, es lo que nos debe importar de un texto que la disecciona en profundidad y a la luz de un escenario actual como es el de las webs y las mega filtraciones. El anonimato de las fuentes, la dosificación y oportunidad de la difusión, la protección de archivos en servidores ocultos en distintos países, la mesiánica proclamación de una nueva era mundial en la que la información nos hará libres y las repercusiones políticas materializadas en la caída de regímenes totalitarios como el libio o el egipcio dotan a este libro de un interés periodístico indudable que se ve acompañado por un ritmo propio del suspense y de la aventura de las mejores novelas.

La historia empieza con el primer encuentro entre Assange y Domscheit-Berg en el XXIV Chaos Communication Congress de Berlín, en septiembre de 2007. Nuestro autor era hasta entonces un técnico informático alemán especializado en seguridad y estaba comprometido con la libertad de información y la transparencia en la Red. El australiano Assange, por su parte, viajaba con una mochila por todo equipaje, dormía sobre las frías baldosas de la sala de prensa del congreso berlinés y produjo en su futuro socio la impresión inmediata de ser un tipo “genial”: “Llevaba pantalones militares color verde oliva, una camisa blanca inmaculada y un chaleco de lana verde” (p. 22). En aquella primera impresión positiva influyó también que el fundador de Wikileaks fuera “dinámico”, “desenvuelto”, y patinara con sus desgastadas botas por el suelo encerado del recinto o se deslizará por la barandilla de sus escaleras. Esas virtudes solo le valieron en aquel momento para dar su conferencia en una deprimente sala del sótano ante no más de veinte personas. Pero daba igual: una de esas personas era Domscheit-Berg, a quien resultó encantador el acento del ponente.

A través de una estructura cronológica bien construida, el libro pasa revista a todos los acontecimientos importantes de la organización. El primero de ellos fue el caso de la banca suiza Juluis Bär. “Alguien” había colgado en el correo de Wikileaks una serie de datos sobre cuentas ocultas. De ahí se pasó a denunciar a la iglesia/secta de la Cien-ciología en Alemania. Todavía no eran conocidos del gran público y todo marchaba sobre ruedas, entre otras cosas porque los confidentes “no dejaban un solo byte que pudiera delatarlos” (p.45). Su escasa experiencia periodística la suplían aprendiendo rápido de los propios periódicos: “Los medios de comunicación nos enseñaron cómo se puede manipular a la opinión pública” (p. 48). Pero en seguida vinieron las decepciones. Como la de *Stern*, que presentó una filtración sobre peajes de autopista para camiones como trabajo propio sin citar en ningún momento a Wikileaks, en contra de lo pactado. A partir de ahí empezaron a surgir problemas con los derechos de autor de las fuentes, tema en el que estaban en una situación delicada pues eran a la vez destino de informantes anónimos y fuente ellos mismos para los medios. Junto a esos problemas llegaron también las intoxicaciones, las versiones falseadas...

Con todo ello el “desenvuelto” Assange se convirtió en un ser paranoico que se disfrazaba y que a menudo se mostraba caprichoso, desorientado, desconfiado, déspota... aunque sin perder sus antiguas costumbres, como la de trabajar de forma incansable y concentrada durante noches enteras, o la de comer con las manos incluso el *foie grass*. Sus hábitos de *hacker* tampoco los perdió. Ni sus extrañas manías que le llevaban a pedir prestada una chaqueta cuando tenía que escribir algo “importante”. Frente a él Domscheit-Berg ofrece la cara sensata de la organización, una cara no exenta de idealismo. Entre sus lecturas se encuentran clásicos anarquistas tratados con la inocencia de quien se imagina descubridor (se cree, por ejemplo, en la necesidad de explicarnos quién era Proudhon, p. 104). Y entre sus proyectos, el de proclamar a Islandia, país en el que nuestros dos protagonistas llegaron a ser héroes nacionales, como “paraíso informático” (p. 107). Sin embargo, lejos de lograrlo, fue ahí precisamente donde se inició la ruptura entre los dos que llevó a nuestro autor a montar su propia organización, Openleaks.

El resto ya es historia conocida. Sus nombres, en el momento álgido de su popularidad, llegaron a sonar incluso para el Nobel de la Paz. Más tarde llegaron los 90.000 documentos sobre Afganistán (p.162), un número aún mayor sobre Irak (p. 218), y las guerras entre medios para hacerse con las filtraciones –caso de *The Washington Post*- o, en caso de no poder hacerlo, para restarles importancia –caso de *El Mundo*-. Prueba de que sí la tenían, aparte de los casos ya citados, son estas palabras en las que el autor se pregunta: “¿No es digno de mención que un ministro de defensa libanés desee que Israel bombardee su país para poder arremeter contra Hezbolá?” (p. 236). O estas otras, de la misma página: “¿No tiene interés que una potencia mundial como Estados Unidos no solo se dedique a dañar a la ONU política y públicamente, sino que además la espíe de forma sistemática?”. Él mismo se responde con otro ejemplo: “A mí, que el ex presidente afgano fuera detenido en Dubai con una maleta con 52 millones de dólares en efectivo (¿cómo lograría meter tanto dinero en una maleta?) y que a continuación lo volvieran a soltar me parece una información muy digna de ser publicada” (p. 237). A nosotros, obviamente, también. Como nos lo parece este libro en su papel de moderna lección periodística sobre fuentes, alguna de las cuales precisamente -el soldado Manning, en concreto, presunto filtrador de los papeles de Irak y Afganistán- va ser juzgado por la justicia de EEUU también este mismo mes.

Pedro Paniagua Santamaría
Universidad Complutense de Madrid